

Una muerte anunciada.
Un palacete que encierra secretos perversos.

LA CASA LO SABE TODO



L.F. LAUREN

La casa lo sabe todo

L. F. Lauren

Página de créditos o de derechos de autor:

Título del libro: *La casa lo sabe todo* © [L. F. Lauren / Laura López Fernández], 2026

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Diseño de portada: Laura López Fernández

Maquetación: Laura López Fernández

Corrección de estilo y ortotipografía: José López Falcón

ISBN: 978-84-09-82798-5

Sello: publicación independiente

Depósito Legal: LG BI 00551-2026

Nota de la autora. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

*Para mi marido, Pablo, a quien ya he advertido
de que ningún personaje del libro está inspirado en mis suegros.*

Nota de la autora:

Este libro nunca podrá ser adaptado al cine.

Solo quien llegue al final entenderá por qué.

Banda sonora del libro

Una selección de piezas para piano para acompañarte mientras te adentras en la atmósfera del Palacete de los Ilustres en Isla Ballena.

Escanea el código para acceder a la lista oficial en Spotify.



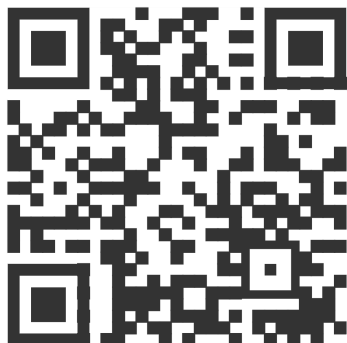
[O si lo prefieres, pincha en este enlace.](#)

Dale al play si te atreves a escuchar lo que la casa tiene que decir.

LIBRO COMPLETO DISPONIBLE EN AMAZON

Si te gustan los primeros capítulos de 'La casa lo sabe todo' que encontrarás en estas páginas como regalo, puedes [comprarlo en ebook o tapa blanca en Amazon](#).

Espero que disfrutes este viaje al interior de mi cabeza y que comprendas un poco mejor cómo cobran vida las historias de Isla Ballena.



[RESERVA AQUÍ 'LA CASA LO SABE TODO' CON OFERTA DE PREVENTA](#)

(disponible oficialmente el 3 de mayo de 2026)

Acerca de L. F. Lauren

L. F. Lauren (Getxo, 1985), es autora de dos libros de marketing y ahora se adentra por el territorio de la ficción con la serie de libros independientes de Isla Ballena.

Lectora apasionada de novela policíaca, de misterio y de domestic noir, su imaginación se ha moldeado entre maratones de series de suspense y el análisis minucioso de casos de true crime.

Esa pasión se traduce en una escritura que busca lo que ella misma exige como espectadora: capítulos adictivos, repartos de pocos personajes con voces profundas, giros inesperados y tramas tan cotidianas que resultan inquietantes porque podrían ser reales.

En su universo narrativo siempre parece que es otoño. Le atraen los escenarios sombríos, la lluvia y las historias que diseccionan la anatomía del trauma, las relaciones tóxicas y el peso asfixiante de la culpa, elementos que hilan la trama de Isla Ballena.

escritoralauren.com

[instagram.com/lauralofer](https://www.instagram.com/lauralofer)

Prólogo

La noche que me mataron llovía, lo que facilitó que no quedaran huellas del crimen. Hice lo mismo que cualquier otra tarde de viernes: recoger la cocina, ayudar con los deberes y ver una película juntos. En esta ocasión no había nadie más en la finca que pudiera escuchar mis gritos.

Soy consciente de que no soy una mujer fácil. Mi insistencia en el orden y la disciplina no es plato de buen gusto. Aunque la verdad es que lo considero una virtud y una forma de educar en valores. Aunque, claro, con esa edad no lo ves de la misma forma.

Nunca imaginé que esa inocencia ocultara tanto odio en su interior como para terminar con mi vida. Y no, no fue un accidente, estoy segura de que fue una venganza coordinada.

Salí de casa en plena tormenta, pensando que algo malo había pasado, y corrí a los establos. Allí ya no tuve escapatoria ni testigos.

Esos ojos me miraban con frialdad mientras el aire se escapaba de mis pulmones. No se percibía rastro de arrepentimiento, solo una calma que me heló la sangre.

Dicen que los niños no saben lo que hacen; sin embargo, aquí hubo un plan para acabar con mi vida cuando estuviéramos solos, preparando el terreno para deshacerse de mí en el momento exacto.

La gente buscará explicaciones, pero jamás dudará de la inocencia infantil. Dirán que yo estaba mal de la cabeza, que me tiré por el acantilado del faro o que pronto reapareceré como si nada.

Me llevo la duda al otro lado: ¿yo alimenté a la bestia a fuerza de exigencias o es que el odio es más contagioso de lo que pensaba?

Capítulo 1

Sara

Siete años de vida en la ciudad desde que nació Samuel caben en doce cajas de cartón y un maletero que casi no cierra. Parece mentira. Nuestro precioso piso con vistas al mar, los muebles escandinavos que elegimos con ilusión, la cocina con la encimera de mármol que costó un ojo de la cara, las cortinas de lino confeccionadas a mano..., todo se ha quedado por el camino, malvendido para pagar deudas que ni siquiera eran mías.

La media hora de ferry se me ha hecho eterna entre el temporal y las quejas de Samu por el mareo. Víctor dice que tenemos suerte, que en días así suelen cancelar el trayecto. Yo, sinceramente, preferiría haberme quedado tirada en cualquier cuneta antes que venir a vivir al palacete de mi suegra. Con ELLA. Es lo que hay, no queda otra.

Desembarcamos en Isla Ballena. Llueve tanto como siempre. Es un asco. Víctor saca el coche del ferry y nos dirigimos bajo la tormenta en dirección al palacete de su familia. Yo me limito a mirar por la ventanilla, masticando la mala sangre que me produce haber acabado aquí.

—Solo van a ser unos meses, Sara, te lo prometo —me dice Víctor con una sonrisa de oreja a oreja, mientras descarga la bici de Samuel y cierra el coche. Siempre usa ese tono de optimismo forzado cuando sabe que me está vendiendo una condena a muerte—. Oye, lo mismo te acabas enamorando de la isla y luego no hay quien te saque de aquí.

Ya, claro. Le miro con ganas de soltarle una bordería, pero me muerdo la lengua. Sé de sobra que a él tampoco le entusiasma la idea de vivir con su madre de nuevo. Se largó de aquí a los dieciocho y, desde que estamos juntos, las visitas han sido las justas para cumplir con el expediente. Nunca habla de eso, aunque yo ya veo que la relación madre-hijo en este caso es muy distante. Conociendo el percal, no me extraña nada.

Al final de un camino de baldosas encharcadas se encuentra la casa. «El Palacete de los Ilustres» lo llaman los lugareños, un nombre que a estas alturas suena a broma pesada. Es un edificio neogótico de finales del siglo XIX con ventanas estrechas y vidrieras, una fachada de piedra gris que supuestamente retiene la humedad y gárgolas en las cornisas que dan bastante grima.

Nos rodea una finca inmensa, decorada con cipreses que deprimen a cualquiera y estatuas medio decapitadas por el paso de los años. La piscina, con el agua de un verde oscuro y estancado, termina de completar el cuadro. La instalaron en los 70, cuando todavía mi suegro vivía y aún entraba dinero en esta familia.

Un poco más lejos a la derecha se encuentran los antiguos establos, que lindan con el cementerio familiar. Se me pone la piel de gallina solo de mirarlo de reojo.

Sí, es una pasada de finca y a Samu le encanta correr por el terreno. No niego que aquí tenemos mucho más espacio para que juegue y estar en contacto con la naturaleza, pero eso no quiere decir que me guste del todo la idea de vivir aquí. Es y será algo temporal.

Al entrar por la puerta principal, hasta el sonido de nuestros pasos hace un eco que da escalofríos. Los techos son absurdamente altos y están decorados con molduras de escayola. El papel de las paredes está desgastado y despegado en cada esquina que miras, como si la casa estuviera mudando la piel a modo de serpiente. El aire huele como a iglesia, a madera vieja, a polvo acumulado y a humedad.

Y luego está ese perfume rancio de mi suegra, una fragancia floral que se te pega a la pituitaria y tarda días en desaparecer.

—Esta casa está en ruinas —le digo—. Las humedades del salón dan asco, hay arañas en cada esquina y a saber cómo estarán las tuberías. ¿Seguro que el agua es potable o vamos a morir de tifus? Yo veo un divorcio inminente. —Suelto un resoplido y dejo caer las maletas sobre unas baldosas hidráulicas que valdrían una fortuna si no estuvieran sueltas o rotas.

—Por favor, no empieces de nuevo... Mi madre ha sido muy generosa dejándonos venir. Y baja la voz, que al final te va a oír.

—¿Generosa? —Me río—. No me jodas. Tú pagas el IBI de esta mansión, las reparaciones del tejado, al jardinero y hasta el tinte de su pelo desde que tienes uso de razón. Esta casa es tuya.

Cuando mi suegro falleció, Víctor heredó el palacete y la finca siendo apenas un niño. Mi suegra tiene el usufructo vitalicio, lo que en la práctica significa que es la dueña de cada mota de polvo que hay en esta casa hasta que dé su último suspiro. No podemos vender, ni hipotecar, ni hacer otra cosa que no sea verter nuestros ya casi insignificantes ahorros en este pozo sin fondo. Somos los propietarios de una jaula de oro en la que ni siquiera podemos elegir el color de las cortinas.

—Shhh... —me susurra Víctor, lanzando una mirada hacia la gran escalinata.

Y ahí aparece ella: Victoria, mi suegra. Exacto: Víctor y Victoria, así de original es la estirpe. Baja los peldaños con delicadeza luciendo unos vaqueros juveniles y una blusa impecable de satén superelegante, como si todavía estuviéramos en los ochenta y su difunto marido no hubiera dilapidado la fortuna naval en malas inversiones. A pesar de nuestras diferencias, hay que reconocer que es una mujer guapísima, parece salida de un anuncio de cosmética de alta gama para mujeres maduras. Siempre lleva el pelo rubio platino perfectamente cortado recto a la altura del mentón. Ni el viento se atrevería a despeinarla.

—Qué bien que hayáis venido. ¡Pero si estáis empapados! No me vayáis a manchar todo de barro... —dice escaneando nuestras maletas con una mezcla de lástima y reproche.

Se detiene frente a nosotros, guardando distancia para no mojarse, y se limita a ponerle una mano en el hombro a Víctor para darle una palmadita. Luego, se inclina hacia Samuel.

—Dale un beso a tu abuela, cariño. ¡Qué cambiado estás! Hasta se te ha oscurecido el pelo.

Samu tiene el pelo empapado por la lluvia y parece más castaño oscuro que pelirrojo, pero, cuando se le seca, le brilla de ese rojo fuego que heredó de su padre y,

según dicen, también de su abuelo. Es la única herencia que ha sobrevivido intacta al paso de las generaciones.

Todavía está pálido por la vomitona que ha echado en el coche, pero se deja besar por compromiso. Es normal, su abuela es prácticamente una extraña para él.

—¿Qué tal, Victoria? Gracias por recibirnos —acierto a decir, forzando una sonrisa que me tensa todos los músculos de la cara—. Sabemos que esto es una molestia para ti.

Ella no responde de inmediato. Se separa del niño y da un paso hacia mí.

—Cariño, este niño está sucio y huele a vómito —me suelta por lo bajo, con un tono de falsa complicidad, como si yo fuera la única responsable de nuestro hijo. Después se gira hacia mi pequeño—: Tesoro, espero que estos meses sepas comportarte en casa y en el pueblo. No quiero que te conviertas en una de esas bestias salvajes que corren por la isla.

Entonces, sin perder la sonrisa, clava sus ojos en su hijo y le suelta:

—Víctor, te lo digo con todo el cariño del mundo: sé discreto con tus nuevos proyectos, esta familia tiene una dignidad que mantener. Aunque sea lo único que nos quede después de todo lo que te ha pasado en la ciudad. Bastante tenemos ya con lo que se dice en este pueblo de cotillas, no nos hace falta alimentar más habladurías.

Samu y Víctor se quedan mudos, con la cabeza agachada como dos perros apaleados.

Parece que soy la única que se da cuenta de la mala leche que esconde su tono y la única que se siente humillada por el simple hecho de estar aquí. Siento un calor subiéndome por la garganta y aprieto los puños en los bolsillos del abrigo hasta que las uñas se me clavan en las palmas.

—Haremos lo posible por no estropear tu... reputación —respondo, cargando la última palabra con todo el veneno que soy capaz de reunir.

Víctor, que parece haber perdido la voz en cuanto ha cruzado el umbral de la puerta, interviene con una risa nerviosa. Nunca ha sido capaz de plantarle cara a su madre.

—Bueno, ¡qué hambre! ¿Por qué no dejamos las cosas en los cuartos y bajamos a cenar algo?

—Quizás Sara pueda ayudarme a preparar la cena —dice Victoria mirándome con cara de que no es una sugerencia—. Por cierto, tenéis vuestras habitaciones en el ala norte, en el primer piso. Hay sábanas limpias en los armarios. —Se lleva una mano a la zona lumbar con un gesto dramático—. Yo tengo la espalda hecha polvo, así que tendréis que encargáros de subir todo y arreglar los dormitorios vosotros mismos. ¡Ah! Solo un detalle: no quiero ver trastos en los pasillos ni en la entrada. Ya sabéis que me gusta que la casa esté ordenada.

Aprieto los dientes: odio reconocer que tengo algo en común con esta señora. En cuestión de orden y disciplina no me gana nadie —soy la clase de persona que organiza el armario por colores y etiqueta hasta los botes de especias—, pero lo de mi suegra es una patología. Le importa más que las maletas no estorben en el pasillo que el hecho de que las vigas se estén deshaciendo por la humedad.

Me revienta saber que voy a tener que morderme la lengua para no poner orden a mi manera en este desastre de palacio. Cada centímetro de este lugar grita que necesita una limpieza y reforma profundas. Pero juro por mi marido que no voy a ser la chacha de nadie.

Empezamos bien... Bienvenida al hogar, dulce hogar.

Capítulo 2

Sara

Después de un fin de semana intenso organizando los armarios y buscando la forma de no morir de aburrimiento entre estas paredes, por fin es lunes. He pasado estos dos días tratando de implementar mi sistema de orden en los roperos, que, además de pequeños, huelen a humedad y tiene pinta de que las polillas están a la espera de unos ricos jerséis de lana.

Ayer tuvimos suerte: el tiempo nos ha dado una tregua y casi no ha llovido desde el sábado por la noche, lo que nos ha permitido a Víctor, Samu y a mí salir a explorar el pueblo y dar caminatas por los acantilados de la isla. Victoria, con su espalda convenientemente hecha polvo, apenas ha salido de su habitación, lo que ha mantenido el contador de roces familiares a cero. Un pequeño respiro para todos.

Hoy toca volver a trabajar después de la mudanza. No es fácil ser tu propia jefa, y menos tras haberme dedicado tantos años exclusivamente a cuidar de Samu a tiempo completo. Pero, claro, el vernos sin un duro me obligó a reciclarme y emprender para poder trabajar desde casa y conciliar de verdad mi profesión con la maternidad. Ahora tengo un puñado de clientes que gestiono desde mi portátil, y esos pocos ingresos son los que nos permiten sobrevivir hasta que Víctor empiece a cobrar por las reformas de la isla.

Mi carrera como diseñadora web *freelance* no es exactamente un sueño de libertad, como esa gente que trabaja viajando por el mundo y que publica fotos en sus redes trabajando desde la playa con un mojito. Esa idea siempre me ha parecido ridícula. Si voy a la playa no quiero estar enganchada al portátil, eso es todo lo contrario a tener libertad.

En fin, que volver al mercado ha sido como lanzarme a un foso de leones hambrientos luchando por conseguir clientes. La competencia en el sector es brutal, y yo, por mucho que les joda a los colegas diseñadores, acepto cualquier encargo por muy bajo

que sea el presupuesto. Hacer esto tiene sus consecuencias, y ahora estoy aprendiendo por las malas que los clientes que menos pagan son los más exigentes y tocanarices.

Me preparo para iniciar mi ritual de trabajo: auriculares listos y una lista de piano esperando para aislarme del mundo y poder diseñar con tranquilidad. Sin embargo, el móvil vibra sobre la mesa de madera, reclamando mi atención. Estoy en la planta baja, en una salita de estar que he convertido en un despacho improvisado. Es un correo de un *coach* de desarrollo personal al que le estoy diseñando la web. El proyecto debería haber terminado hace dos meses, pero se ha convertido en una pesadilla de revisiones infinitas. Siento un pinchazo de acidez antes de abrirlo. Me debe el ochenta por ciento del pago, un dinero que no veré hasta que se decida a enviarme los textos finales revisados de nuevo. Eso no le impide escribirme cualquier día a las cinco de la mañana exigiendo que cambie el tono de azul del logotipo por sexta vez y quejándose porque he estado dos días ausente por la mudanza. Es un tirano que cree que, por cuatro duros, ha comprado mi alma y mi disponibilidad total.

De pronto, la voz de mi suegra se filtra desde la planta superior, rompiendo mi recién conseguida concentración. Parece otra de mis clientes exigentes... No entiende —o no quiere entender— que, aunque esté en casa, estoy trabajando. Victoria todavía no se ha dado cuenta de que no formo parte de su, ahora inexistente, servicio doméstico.

—¡Sara! —Su grito resuena por el hueco de la escalera, agudo y cargado de esa autoridad que tanto le gusta ejercer—. ¡Sube un momento!

—Por favor...—susurro para mi cuello.

Cierro la tapa del portátil de un golpe, conteniendo las ganas de gritar yo también. El lunes acaba de empezar de verdad. Estoy atrapada entre un cliente tóxico que no paga y una suegra que acecha en la planta de arriba.

—Ay, gracias por venir tan rápido —murmura con un tono autocompasivo—. Necesito que me traigas las pastillas del armario del baño. Hoy la espalda me está matando, casi no puedo ni incorporarme de la cama.

—Claro, ahora mismo.

Ahora resulta que, además de diseñadora web, soy enfermera. Entro en el baño y me veo en el espejo. Qué desastre. Tengo las raíces que dan miedo y la humedad de la isla me ha dejado el pelo como si me hubiera dado un calambre. Parezco la loca del pueblo. Necesito encontrar una peluquería que no me deje el pelo negro como el petróleo, no sería la primera vez que me pasara.

Abro el armario y alucino: aquí tiene la farmacia entera. Dentro encuentro un arsenal de medicamentos perfectamente ordenados: *Lorazepam*, *Enantyum*, *Prozac*... Menudo alijo de calmantes, ansiolíticos y antidepresivos se gasta la señora. Con todo lo que se mete para el cuerpo, lo raro no es que no pueda levantarse de la cama, sino que se mantenga despierta.

Desde la cama me indica que coja el blíster de *Enantyum* y el bote de *Lorazepam*. Cierro el armario de un portazo y, cuando vuelvo al cuarto, está hundida entre los almohadones, con esa cara de mártir que le gusta poner. Le tiendo las pastillas y un vaso de agua sin decir nada.

—Muchas gracias —dice tras tragárselas con un esfuerzo teatral—. Eres un sol. ¿Me prepararías una tila? Tengo los nervios a flor de piel con todo el asunto de la empresa de Víctor.

Me quedo junto a la cama, esperando a que termine de soltar el discurso que ya conozco de otras ocasiones.

—Parece que la historia de esta familia se repite una y otra vez. Desde que murió mi pobre marido y nos dejó en la ruina, todo es tan difícil... —Suspira, mirando al techo con los ojos llorosos—. Y con mi hijo fuera de casa durante tantos años, me he sentido tan abandonada que no te imaginas la tristeza con la que vivo. Me siento muy sola y me comen las paredes en esta casa. Menos mal que habéis venido.

«Abandonada» dice. Como si pagarle las facturas fuera abandonarla y el ferry no estuviera ahí mismo para llevarla a la ciudad y ver a su hijo cuando quisiera.

—Ahora mismo te subo la tila para que te relajes y vuelvo corriendo al trabajo —respondo, dándome la vuelta antes de que me vea poner los ojos en blanco. No puedo perder tiempo en consolarla y hacer como que me importa su estado emocional.

—¿Al trabajo? —suelta ella con una sonrisita condescendiente—. Pero, cariño, ¿eso que haces de verdad os da de comer? ¿Seguro que tienes clientes suficientes después de tantos años sin hacer nada? Yo es que te veo todo el día pegada al móvil poniendo chorraditas en el Instagram. Se llama así, ¿no?

Me detengo en el umbral, apretando los puños sobre el marco de la puerta para contener la ira.

—Se llama estrategia de *marketing* digital. Eso es lo que me trae clientes y lo que paga ahora mismo todos los gastos de esta casa, incluidas las necesidades de tu hijo y de tu nieto.

—Ay, no te pongas así, que solo era una pregunta inocente —añade, recuperando su tono de mártir—. Como desde que has llegado a la isla te veo pegada al móvil ese, parece que estás jugando. Si es que ahora todo es tan moderno que ya ni parece trabajo de verdad...

Bajo a la cocina, caliento agua para la tila, y subo a entregarle la infusión en su taza de flores a mi suegra. Vuelvo corriendo al portátil para responder con mi perfectamente ensayada falsa amabilidad al *coach*.

Ya llevo media hora perdida. Menudo lunes me espera.

Capítulo 3

Sara

Víctor se ha llevado al niño al colegio pronto esta mañana. El pobre Samuel ha pasado la noche metido en nuestra cama insomne perdido. Es su primer día con el curso ya avanzado y tiene que enfrentarse a una clase llena de pequeños desconocidos. Si para cualquier niño es difícil ir a clase, para él es una montaña rusa de ansiedad. Además, ya ha tenido que enfrentarse a esta misma situación dos veces en lo que va de año, primero en la ciudad y ahora aquí.

Tras dejarlo en el colegio, Víctor tiene que pasar a por garrafas de agua. Es increíble. Estamos en una isla donde siempre llueve, rodeados de océano y nubes negras, y resulta que hay escasez de agua potable. De todas formas, cuando tenemos agua, la del palacete sabe a tubería vieja y a metal oxidado. Vamos, que no sirve ni para hacer café. El problema es que hay cortes constantemente en la red de suministro, que no se ha actualizado al ritmo del turismo y del crecimiento de la población. Y eso, irónicamente, tiene mucho que ver con Víctor y con la razón por la que hemos vuelto a Isla Ballena.

Mi marido es un arquitecto de renombre. O lo era, antes de que su estudio en la ciudad se fuera a pique el año pasado. Fue una masacre en toda regla: en seis meses vimos cómo se desmoronaba una década de prestigio, llevándose por delante un montón de puestos de trabajo y, de paso, nuestra estabilidad y salud mental.

Todo por culpa de su exsocio, un manipulador de manual que se dedicó a inflar presupuestos para desfalcar y dejar pufos por media ciudad mientras Víctor diseñaba restaurantes y hoteles de lujo. Antes de toda la movida, el tipo se las ingenió para no aparecer en ningún papel de la empresa, desapareció del mapa y le dejó el muerto a él. Mi marido siempre ha sido un profesional brillante para los planos, pero muy ingenuo para los negocios. Es de esos inocentones manipulables de los que todo el mundo se aprovecha. Y

por culpa de ese ladrón de mierda se quedó solo frente a las deudas, las demandas y los despidos.

Víctor pasó de ser el arquitecto de moda, al que todos querían en sus fiestas, a un hombre que no podía mirar el buzón sin que le temblaran las manos. Lo perdimos todo, tanto la residencia habitual del centro como la de la playa. Fue una absoluta humillación que salieran a subasta pública para que la Agencia Tributaria y los acreedores pudieran recuperar el dinero de las deudas. Ver cómo la prensa difama a tu marido y tu hogar publicado en un portal de subastas, expuesto al mejor postor como si fuera un lote de trastos viejos, es algo que no le deseo a nadie.

Nos quedamos con una mano delante y otra detrás. Ha sido un proceso agónico, pero al menos el embargo no llegó hasta el palacete. Pudimos saldar las cuentas pendientes y ahora, por mucho que las cosas se tuerzan, nadie podrá arrebatarlos esta finca.

Víctor pensaba que sería imposible volver a levantar cabeza después del escándalo, pero ha tenido suerte: un amigo de la infancia se enteró de nuestra situación y lo llamó para ofrecerle la reforma de varios edificios viejos para convertirlos en pisos turísticos aquí en la isla. Fue un salvavidas inesperado, aunque el precio a pagar sea convivir con Victoria.

A su amigo le estaba resultando imposible encontrar a alguien de la zona que quisiera pringarse en el proyecto. El problema es que aquí los lugareños odian a los turistas porque dicen que los están invadiendo, aunque el turismo sea lo único que mantiene sus negocios a flote. Por eso nadie en la isla quiere meterse en este negocio, porque tienen miedo de que los vecinos les pongan una cruz o les dejen de hablar en el mercado. Pero nosotros nos tenemos que agarrar a cualquier clavo ardiendo. Total, ya hablan mal de esta familia, así que por mí pueden seguir gastando saliva.

Teniendo el palacete medio vacío, lo más lógico —muy a mi pesar— era mudarnos aquí mientras durasen los proyectos. Víctor necesita estar cerca de la obra porque, aunque tanto su trabajo como el mío tiene una parte importante de diseño en el ordenador, la realidad es que se pasa el día en campo supervisando a los gremios y peleándose con ellos para que nada se tuerza.

Así que aquí estamos, rezando para que estos proyectos terminen pronto y encuentre algo estable en la ciudad para empezar de cero en un piso de alquiler. Me da igual que sea pequeño, mientras no huela a naftalina ni tenga una suegra vigilando cada uno de mis movimientos.

Ahora que Víctor empieza las reformas y estará mucho tiempo fuera de casa, necesito ayuda con Samu por las tardes. Mi suegra dice estar mejor de la espalda, pero me niego a deberle más favores.

La mejor solución es buscar una canguro de la isla con ganas de ganarse unos euros. De todas formas, será difícil que alguien quiera entrar en el Palacete de los Ilustres, con nuestra mala fama. Y lo que es peor, hasta que Víctor no reciba el primer pago de los pisos turísticos, no tenemos ni un céntimo para contratar a nadie. Así que nos tenemos que apañar como podamos.

Capítulo 4

Sara

El lunes termina tan bien como empezó: conmigo al borde del colapso. He pasado el resto de la tarde lidiando con el tocapelotas del *coach*, que parece tener un radar para escribirme cada vez que intento terminar la jornada y descansar. Por si fuera poco, me ha correspondido organizar la cocina y preparar la cena para todos. Victoria no ha asomado la nariz fuera de su habitación en todo el día, pero, a la hora de cenar, aquí está la primera en la mesa de la cocina, con su cara de mártir y una copa de vino ya servida.

Víctor aparece por la puerta con ese brillo en los ojos que solo se le pone cuando cree que ha encontrado la solución a todos nuestros problemas. Me da un beso rápido y se sienta a la mesa con impaciencia.

—Os tengo que contar una noticia que es un bombazo —dice entusiasmado mientras se sirve un plato generoso de la lasaña que me ha llevado dos horas preparar—. He estado con Óscar, el amigo que me ha facilitado el acuerdo para reformar los pisos turísticos. Y, atención, me ha propuesto un nuevo proyecto que os va a encantar. Especialmente a ti, mamá.

Victoria levanta la vista de su copa, interesada por primera vez en algo que no sea su propio malestar.

—Se trata de un complejo hípico —continúa Víctor, emocionado—. Quiere que nos asociemos para crear un picadero para dar clases a la élite de la isla y de la ciudad.

—¿Quieres montar una escuela de hípica? —exclama Victoria—. Qué maravilla. Me recuerda tanto a mi juventud, aquellas competiciones y a las clases que daba aquí en la finca... Me encanta la idea. Los caballos son elegancia y estatus, que es lo que necesita esta familia para volver a ser lo que era.

Bebe un trago largo de vino y, de repente, la sonrisa se le apaga y mira a su hijo con severidad.

—Pero ándate con cuidado, hijo. Ya sabes que de bueno eres tonto y luego pasa lo que pasa. A mí no me inspira ninguna confianza que te juntes con nadie. No quiero que pongas de nuevo en riesgo nuestra reputación, ni lo poco que nos queda, por dejarte llevar por cantos de sirena.

—En eso estoy de acuerdo con tu madre —replico, todavía sorprendida de estar en el mismo bando que mi suegra por una vez—. Ya sabemos cómo terminó todo con tu exsocio, ese tío no merece ni que mencione su nombre. También parecía un amigo fiel y ya vimos cómo te manipuló hasta que nos dejó sin casa. No estamos para jugar a los empresarios otra vez.

Víctor levanta las manos, pidiendo calma, con esa sonrisa optimista que tanto me irrita.

—Tenéis razón, lo sé, pero no voy a poner ni un céntimo porque Óscar es el inversor. No hay riesgo, él pone el capital y yo me encargo de la ejecución técnica. El plan es recuperar los establos y montar el club aquí en nuestra finca.

—¿Aquí? ¿En serio? —Victoria arquea una ceja, pero se ve que está atrapada por la idea de recuperar el esplendor de las cuadras familiares.

—No va a afectar a tu día a día, mamá —continúa Víctor—, seguirás viviendo en la casa exactamente igual que ahora. Por el momento solo se trata de rehabilitar las cuadras y empezar a plantear el proyecto. Es una oportunidad de oro y prometo que no va a afectar a nada de nuestras vidas. Solo para mejor.

La mirada de Victoria se ilumina de nuevo. La mezcla de vino y las pastillas de su extenso botiquín empieza a hacer efecto, soltándole la lengua y nublandole el juicio. Se gira hacia mi hijo, que sigue encogido sobre su plato de lasaña.

—¡Samuel! ¿Has oído? —dice ella con una voz demasiado alta—. Tu padre va a arreglar los establos. Y si quieres yo te puedo dar clases, como se hacía antes en esta familia. Te gustan los caballos, ¿verdad? ¿Te gustan?

Samuel no levanta la vista de su plato.

—¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato? —insiste Victoria, invadiendo su espacio—. Contéstame, tesoro: ¿te gustan los caballos?

—Victoria, déjalo tranquilo —corto yo, viendo que mi marido no piensa decir nada.

Ella me ignora. Se le ha metido entre ceja y ceja que el niño hable, y sabe desde hace meses que nos confirmaron que Samuel tiene mutismo selectivo. Físicamente no tiene ningún problema, sus cuerdas vocales funcionan, pero no le sale la voz cuando se siente bajo presión o en entornos que le incomodan. El psicólogo insiste en que es común a su edad y que no hay que preocuparse, pero verle así, bloqueado por la insistencia de esta mujer, me quema por dentro.

—Venga —insiste ella—, di algo. No seas maleducado con tu abuela. Solo tienes que decir «sí». ¿Tan difícil es?

Miro a Víctor, esperando que intervenga, pero él sigue comiendo, evitando cortar a su madre. La cobardía de mi marido me duele casi tanto como la crueldad de mi suegra.

Me levanto de la silla de golpe.

—Se acabó. No le hables así a mi hijo. Sabes perfectamente que no te va a responder porque tú se lo ordenes.

—Vaya, Víctor, parece que te has casado con una mujer con carácter como tu madre— dice ella dirigiéndose a él e ignorando mis palabras.

Miro a Víctor con una frialdad que parece sorprenderle.

—Víctor, deja la lasaña y ven fuera ahora mismo. Tenemos que hablar en privado.

Salgo de la cocina sin mirar atrás, necesito que el aire frío de la isla me calme un poco porque estoy a punto de estallar del todo.

Capítulo 5

El niño

La cocina está en silencio y solo se oye el tictac del reloj de la pared. Ella ha calentado leche y sostiene la taza con delicadeza mientras la vierte con cuidado de que no caiga ni una gota fuera. Después abre un tarro de miel, añade una cucharada generosa y deja la taza frente al niño. El pequeño permanece sentado en el borde de la silla, con los hombros encogidos y la mirada clavada en las vetas de la madera de la mesa. No tiene intención de beber ese asqueroso líquido blanco, odia la leche.

—Tómate la leche antes de que se enfríe —dice ella mientras remueve con la cucharilla.

El niño niega con la cabeza.

—Vamos, no te hagas el remolón, que la leche calentita con miel va muy bien después de cenar. Te ayudará a relajarte y dormir —insiste ella, acercando el vaso a la cara del pequeño.

Él mueve la cabeza con más ímpetu, mientras ella suspira con una paciencia fingida que está a punto de romperse.

—Se me está acabando la paciencia. Tienes que aprender que en esta casa se hace lo que se ordena. La disciplina es lo único que te va a convertir en un hombre.

—¡No me gusta! —grita él.

—Al final te lo vas a beber a la fuerza. —Con un movimiento rápido, ella le sujeta la mandíbula con una mano y le obliga a levantar el rostro mientras hunde sus dedos en las mejillas para forzarle a abrir la boca.

El niño intenta retroceder, pero la leche caliente le inunda la boca y, junto al dulzor de la miel, hace que estalle en una arcada violenta.

El líquido pegajoso le sale proyectado por la boca y la nariz, se desparrama por la mesa y le mancha todo el pijama. El niño empieza a toser con fuerza, intentando respirar,

con los ojos llenos de lágrimas. Ella se aparta rápido para no mancharse y se queda mirando con desprecio el desastre que hay ahora por toda la cocina.

—Mira lo que has hecho —murmura—. Si tu padre te viera ahora mismo, se le caería la cara de vergüenza, sabiendo que su hijo se comporta como un crío pequeño y maleducado. —Coge un trapo de la encimera y se lo tira encima del pecho—. Limpia este desastre, que no quede ni rastro o mañana estará todo pegajoso. Y ni se te ocurra llorar, no quiero escuchar ni un sollozo más.

Se lava las manos en el fregadero y, antes de salir de la cocina, añade:

—Es por tu bien. Si no aprendes a obedecer ahora y hacer las cosas aunque no te gusten, la vida te va a comer. Deberías agradecerme que me moleste en educarte.

Ella se va y deja al niño solo en la cocina, limpiando y llorando en silencio.

Capítulo 6

Sara

Cuando salimos por la puerta de la cocina hacia la finca oscura, el aire frío me golpea en la cara. No me importa, solo necesito alejarme de esa mesa, del olor a lasaña y de Victoria. Víctor me sigue en silencio, frotándose las manos y encogiéndose los hombros.

Me detengo en mitad del camino de tierra junto a la fuente apagada de piedra y me giro hacia él.

—Estoy harta. No llevamos ni una semana y ya hemos acabado así. Estoy harta de tener que ser yo la que le pare los pies a tu madre mientras tú te quedas ahí, mirando el plato como si la cosa no fuera contigo. ¿Te parece normal lo que acaba de pasar?

—Sara, por favor, no lo ha hecho a posta. Está emocionada con lo de la hípica y...

—No me vengas con esas que me caliento —le corto. La rabia me quema por dentro y ya ni siento el frío—. Me da igual que no me defiendas a mí, total ya me estoy acostumbrando a ser la intrusa en esta casa; pero Samuel también es hijo tuyo, y protegerle no es solo responsabilidad mía, para algo eres su padre. Sabes perfectamente que Samuel se bloquea cuando se siente incómodo y has dejado que ella lo machaque hasta que he tenido que intervenir yo. ¿Es que no eres capaz de enfrentarte a tu madre? No quiero tener que ser yo la que le pare siempre los pies y que me acabe odiando.

Víctor baja la mirada al suelo. Su pasividad me saca de quicio.

—He accedido a vivir en este sitio porque no nos quedaba otra por culpa de tus decisiones —sigo, y noto que la voz me tiembla de pura rabia—. Estamos aquí porque tú te dejaste engañar. Y ahora soy yo la que paga las consecuencias, y Samuel también, mientras tú te pasas el día fuera jugando a ser magnate del Monopoly con tus amigos: que si un complejo hípico, que si reformas... Estás viviendo en una fantasía mientras yo cargo con todo el peso.

—Estoy trabajando. Busco salidas para sacarnos de aquí.

—Yo también trabajo. Mucho. Aunque tu madre se piensa que me paso el día jugando con el móvil. ¿Qué pasa si mañana hago lo mismo que tú, si cojo mi portátil y me voy a una cafetería hasta la noche para no pisar esta casa? ¿Quién cuidará al niño por las tardes? Porque tu madre dice que se muere con el dolor de espalda y no mueve un dedo.

Freno y me quedo en silencio pensando si realmente debería decir lo que voy a decir, pero la rabia no me deja contenerme:

—Y hay algo más: ¿has visto en qué estado estaba tu madre durante la cena? Normal que Samu estuviera incómodo, yo también lo estaba. Y no lo digo solo por el vino. He visto su botiquín esta mañana. No sé si eres consciente del problemón que tiene tu madre con las pastillas. Toma calmantes que tumbarían a un caballo y encima no se corta con el alcohol. Eso es una bomba. Y es tu madre, joder. Tendrías que hacer algo, hablar con ella, llevarla al médico... No puedes mirar para otro lado, y menos hora que vivimos con ella.

Víctor suelta un suspiro largo que parece sacarle todo el aire del cuerpo. Se apoya en el murete de piedra de la fuente y se queda un rato callado, mirando hacia la silueta oscura de los antiguos establos.

—Cuando yo era pequeño, mi madre tenía una escuela de hípica aquí en la finca —dice al fin, con una voz tan baja que casi se la lleva el viento—. Era la mejor. Ganaba premios a nivel nacional y venía gente de todas partes solo para que ella los entrenara. Mi madre era otra persona, era muy feliz. Éramos muy felices aquí.

Se detiene un momento. Me mira e intenta sonreír, pero solo le sale un gesto triste.

—Hasta que se cayó de la forma más tonta en la última competición y se rompió una vértebra. Ahí empezó todo. Se pasó semanas en esa cama sin poder moverse y los médicos fueron super tajantes con ella: decían que, si volvía a montar y tenía otra caída, podría quedar en silla de ruedas para siempre. Al principio pensábamos que sería algo temporal, que en cuanto el hueso soldara ella volvería a dar clases aunque no se subiera al caballo, pero no fue así. El dolor era tan bestia que no se le iba con nada, no podía ni estar de pie diez minutos seguidos. Por eso empezaron a darle calmantes, cada vez más fuertes, que la

dejaban KO durante todo el día. Así que tuvieron que cerrar la escuela y vender todos los caballos.

Se pasa una mano por la cara, agotado.

—Poco después murió mi padre y eso terminó de hundirla del todo. Entró en una depresión muy fuerte y ya nunca fue la misma. Ya sabes que mi padre dejó muchas deudas de sus negocios navales y casi todo el servicio que trabajaba en casa se tuvo que marchar. Así que mi madre se pasaba el día en la cama llorando o enfadada por cualquier cosa. La cuidaba más yo a ella que ella a mí... Así que aguanté en esta casa viendo cómo se autodestruía, hasta que cumplí los dieciocho y me largué a la ciudad. Por eso evito tanto estar aquí, me duele verla así. Me trae malos recuerdos y me rompe por dentro.

Me quedo helada, y esta vez no es por el frío de la isla. No me había contado nada de esto en todos los años que llevamos juntos, ni el accidente de caballo, ni las adicciones de su madre. No es que no le importe su hijo o no le importe yo, es que no sabe cómo gestionar toda la situación de su madre, y lo lleva arrastrando durante años.

—No te lo había dicho nunca porque es un asunto que me consume —continúa él y rompe a llorar—. Me duele verla en ese estado. Sé que es difícil para ti, lo sé mejor que nadie, pero te pido que tengas un poco de paciencia. No sé cómo manejar esto sin provocarle una crisis a ella y sin tener yo una crisis contigo. Me siento en medio de las dos. Esto me supera.

La ira que tenía se me convierte en lástima. Me siento fatal al ver a Víctor así. Siempre le ha costado horrores hablar de lo que siente y es la primera vez que se rompe de esta manera delante de mí. Me acerco y le doy un abrazo. La tela de su chaqueta está fría y húmeda. Con la tensión, ni siquiera nos hemos dado cuenta de que ha empezado a lloviznar y nos estamos empapando.

—Lo siento —murmuro contra su hombro—. Deberías habérmelo contado mucho antes. Seguro que juntos encontramos una solución, ya verás.

Víctor se separa un poco, me mira y asiente con la cabeza, todavía recuperando el aliento.

—Vamos dentro —dice con la voz ronca—. Hace demasiado frío aquí fuera y es tarde. Mañana Samu tiene que madrugar para ir al colegio.

Caminamos de vuelta hacia la luz de la cocina. La situación sigue siendo un asco y el futuro es incierto, pero al menos Víctor me ha contado la verdad. Ahora sé a qué nos enfrentamos y trataré de tener más paciencia con mi suegra. O no...

Capítulo 7

Sara

Ha pasado una semana desde la discusión con Víctor bajo la lluvia y las cosas en la casa han dado un giro curioso. Victoria está más activa, entusiasmada, casi eléctrica. No para de hablar de los caballos, de sus trofeos y de la antigua escuela de hípica. Es agotadoramente pesada con el tema, pero tiene un lado positivo: ha salido de la cama y se está encargando de la comida y de algunas tareas de casa, lo que me ha dado la vida esta semana. El *coach* me tiene asfixiada con la entrega final de la web y necesito cada minuto que pueda arañar del día.

Víctor también está por aquí estos días con todos los preparativos de los proyectos antes de que empiece el trabajo de campo. Se ha instalado en el antiguo despacho de su padre, una habitación pequeña llena de estanterías de madera cargadas de libros sobre ingeniería naval y maquetas de barcos cogiendo polvo. Se pasa las horas frente al ordenador con los planos de la reforma de los pisos, pero, cada vez que paso por delante de la puerta, le veo alternando el diseño técnico con bocetos de las cuadras. Parece que el proyecto de la hípica va a arrancar antes de lo previsto. La idea me genera una sensación agridulce.

Para ser sincera, este proyecto de los caballos no me entusiasma nada, pero no he querido romperle la ilusión a Víctor. Le hace falta recuperar la motivación después de lo mal que lo ha pasado. Sé que debería alegrarme por él, pero no puedo evitar pensar en las consecuencias. Si este negocio sale bien, significa que nuestra estancia en la isla no será un paréntesis, sino algo más permanente. Significa que vendremos de visita mucho más a menudo, o peor, que terminaremos echando raíces aquí. Yo estaba muy a gusto en la ciudad, con los kilómetros de distancia necesarios para no tener que lidiar con el carácter de mi suegra más de dos veces al año. Ahora, la posibilidad de volver a esa independencia la veo cada vez más lejana.

De todas formas, intento ser objetiva. Si lo de los caballos funciona y consigue aunque sea la mitad del éxito que tuvo antes, sería un alivio porque podríamos dejar atrás esta situación miserable y recuperar el estilo de vida que teníamos en la ciudad. Este palacio demacrado se cae a trozos y mantenerlo cuesta una fortuna que no tenemos. Si el proyecto sirve en principio para que la casa y el negocio se mantengan solos, al menos dejaremos de fundirnos lo poco que nos queda en arreglar goteras y pagar facturas millonarias de calefacción. Pero está en juego mi libertad, y no tengo claro que me compense. Es verdad que el ferry me deja en media hora en la ciudad y puedo ir cuando quiera de compras o a tomar un café con mis amigas, pero eso es solo la teoría. La realidad es que aquí los temporales duran la mitad del año y, en cuanto el mar se pone un poco bravo, cancelan los ferris y la isla se cierra. Te quedas atrapada.

Lo pienso y me entra una claustrofobia que no se compensa por mucha mansión, caballos o piscina que tengamos. No me sirve de nada vivir en un palacio si no puedo salir de él cuando quiera para descansar de Victoria. Aunque, siendo realista, mi suegra ya es mayor y no va a vivir eternamente. ¿Soy una persona horrible por pensar que, en el fondo, no me quedan tantos años de aguantarla?

El timbre suena y el estruendo retumba por toda la casa. Será Óscar, el nuevo socio de mi marido. Hoy van a trabajar en casa juntos. Me asomo desde mi despacho improvisado y veo cómo Victoria, que estaba en el salón releendo un manual antiguo de hípica, se levanta de un salto, se alisa el pelo y se retoca la chaqueta, como si fuera a recibir a alguien importante.

—¡Óscar! Pero qué alegría verte. Pasa, no te quedes ahí con este frío —le dice con una sonrisa que a mí no me ha dedicado en la vida.

—Hola, Victoria. Estás estupenda —responde él con voz pausada, dándole dos besos.

—Hoy te quedas a comer, por supuesto —insiste mi suegra mientras le quita la chaqueta—. No es negociable.

—No quiero molestar...

—¿Tú? Si eres de la familia —suelta ella con una risa cómplice.

Mientras me acerco a saludarle, Víctor aparece y le da un abrazo.

—Claro, quédate a comer y así podemos seguir trabajando por la tarde —le insiste mi marido.

Óscar es unos años mayor que Víctor, andará por los cuarenta y cinco. Esperaba encontrarme al típico señor de pueblo, pero me ha sorprendido: tiene un aspecto juvenil, viste bien y luce un pelazo moreno sin apenas canas. Es de esos hombres que imponen: alto, de hombros anchos y con una seguridad, casi chulería, que se nota en cada palabra que suelta.

Los dos se van al despacho y Victoria aprovecha para acercarse a mí y hablarme en voz baja.

—¿Sabes que este hombre empezó trabajando aquí haciendo chapuzas cuando era un adolescente? —me susurra—. Era el chico para todo. Venía a arreglar las vallas, a pintar, a traerme los recados... Sobre todo cuando yo tenía las temporadas malas de la espalda y no podía ni moverme. Era un muchacho muy dispuesto. Humilde, pero se veía que llegaría lejos.

Miro a Óscar de reojo. Cuesta imaginar al dueño de media isla recibiendo órdenes de mi suegra.

Oigo a Victoria gritando desde la cocina que la comida ya está en la mesa. Si fuese otro contexto sin invitados, seguramente me estaría echando en cara que voy a mantel puesto. Pero es que no me he levantado de la silla en toda la mañana más que un momento para estirar las piernas y saludar a Samuel. Una de las madres del colegio le ha traído antes de tiempo porque ha vomitado en clase. No sé si es un virus o simplemente los nervios por todo el jaleo de la casa y el cole nuevo, pero ahí está el pobre, pálido y sentado a la mesa con nosotros. No creo que pruebe bocado, pero Victoria ha insistido en que se siente con todos.

Nos acomodamos y Samuel se queda muy quieto observando a Óscar de reajo. La gente nueva le pone nervioso. Óscar parece no darle importancia y le guiña un ojo con naturalidad para romper un poco el hielo. Da la impresión de que a Samuel le gusta y le devuelve una sonrisa. A ver si así se relaja un poco y mejora la tensión que lleva encima últimamente.

—Hacía años que no probaba tu pollo al horno, Victoria. Sigue oliendo igual de bien —dice Óscar mientras se sirve un vaso de agua.

—Bueno, sabiendo que venías hoy me he querido encargar de la comida, para que todos podáis estar concentrados en vuestros proyectos —dice ella con una sonrisa, mientras me pasa la fuente del asado.

Yo no digo nada. Prefiero que se cuelgue las medallas que quiera si eso significa que me deja trabajar tranquila.

—Cuéntale a mi madre y a Sara lo bien que te va con el negocio —interviene Víctor dirigiéndose a Óscar, sirviendo vino a Victoria—, que les he contado la historia un poco a medias.

—No paramos, la verdad —responde él, atacando el pollo—. Entre los hoteles y las obras nuevas, a veces no sé ni en qué día vivo. Pero no me quejo, que ya sabéis cómo empecé yo en esta isla.

Mira a Víctor y luego me clava la vista a mí, como si necesitara que yo, la de fuera, entendiera de qué pasta está hecho. Le sale la chulería por los poros.

—En esta isla, el que no quiere estudiar se mete a peón de obra. Y como yo no era buen estudiante, a los catorce ya estaba ayudando a mi padre a cargar material. Y además me sacaba mi dinero haciendo recados para familias como la vuestra.

—Es el constructor más respetado de la zona —añade Víctor, con un tono que roza la admiración—. Ha levantado casi todas las urbanizaciones de lujo. Nadie en el pueblo imaginaba que un simple albañil acabara montando el imperio que tiene ahora.

—Y luego se les llena la boca hablando mal de los turistas —dice Óscar encogiéndose de hombros—, cuando es lo que les da de comer. Tengo a medio pueblo

trabajando para mí, ya sea en la obra o en el servicio de los hoteles. Si das buenas condiciones y pagas lo que toca, la gente te respeta. Nunca hay que morder la mano que te alimenta.

—¿Y tu hijo también va por el mismo camino? —pregunta Victoria.

—Bueno, el chaval no tiene ni catorce años y ya me pide ir a la obra los fines de semana. Me gusta que aprenda lo que cuesta ganar dinero, pero no quiero que deje los estudios como hice yo. Estar a pie de obra es un curro muy sacrificado, así que, si quiere meterse en el negocio, que vaya a la universidad, que estudie empresariales y salga de esta isla a ver mundo. No quiero que mande aquí solo por ser el hijo del jefe, sino porque sabe más que nadie.

—Por cierto —añade Víctor—, estábamos diciendo que igual puede venir el chaval aquí a ayudar cuando empecemos con el desescombros de las cuerdas o ayudarnos con recados.

Óscar asiente con entusiasmo. A mí me parece bien, cualquier ayuda es poca si Victoria sufre otra crisis de espalda. La realidad es que estos últimos años sé que mi suegra ha tenido a gente ayudándola en casa, pero nadie aguanta mucho. Vienen por una temporada, imagino que ven cómo se las gasta ella y acaban largándose en cuanto encuentran algo mejor.

—Bueno, ahora que está Sara no me hace falta ayuda de fuera —suelta Victoria de pronto mientras me mira—. Entre ella y yo nos apañamos de sobra, ¿verdad, cariño? Ya le he dicho a Víctor que tener una chica aquí metida todo el día es un gasto innecesario pudiendo hacerlo nosotras.

Siento cómo se me tensa la mandíbula, pero respiro hondo. No voy a montar otro espectáculo, y menos delante de Óscar.

—Bueno, ya sabes que yo estoy a tope con la web y me faltan horas —le digo a mi suegra con una calma que no sé ni cómo soy capaz de fingir en este momento—. Me parece perfecto que venga el hijo de Óscar a echar una mano con los recados, nos va a venir muy bien. Lo de la organización de la casa ya lo hablaremos Víctor y yo con más calma.

Víctor me mira un segundo, asiente vagamente y vuelve a centrar su atención en su socio. Ha captado el mensaje, o al menos sabe que ese «ya hablaremos» es una advertencia.

—He estado revisando la estructura de los establos estos días —continúa Víctor cambiando de tema y mirando a Óscar—. Si tu hijo y yo nos ponemos con el desescombro, podríamos empezar antes de lo previsto con todo. Tenemos tiempo hasta que arranquen las reformas de los pisos, así no hay que esperar a que se libere ninguno de tus peones.

—Me parece bien —asiente Óscar—. De hecho, contad conmigo también. Me vendrá bien pasar tiempo con el chaval, enseñarle cómo se empieza desde abajo y volver a mancharme yo también un poco las manos en la obra.

Este nuevo socio parece un hombre de palabra y al que no se le caen los anillos por hacer trabajo físico, pero, después de lo que pasó con el anterior, me cuesta bajar la guardia. Por otro lado, no sé si su hijo aguantará a Victoria, pero al menos estaremos los demás: el chico estará mejor respaldado y a Samu le vendrá bien tener un amigo, aunque sea mayor que él.

Óscar se gira hacia Samu y le acerca un vaso de agua.

—¿Ya estás mejor, campeón? —le dice en voz baja—. El próximo día traigo a mi hijo y al perro, así no te aburrirás con estas conversaciones de adultos. Ya verás lo bien que lo pasáis los tres. ¿Qué te parece? ¿Te gustan los perros?

Samuel se queda mirando a Óscar unos segundos y yo me espero el silencio de siempre, ese que pone nerviosa a mi suegra.

—Sí... —dice con un hilo de voz—. Me gustan los perros y los gatos.

Víctor y yo nos miramos sorprendidos, porque Samuel apenas ha soltado palabra desde que llegamos a la isla. Victoria, en cambio, suelta una risita seca mientras deja la copa de vino en la mesa.

—Anda, ¡qué bien! —exclama mi suegra con un deje de envidia que no se molesta en ocultar—. A él sí que le respondes, ¿eh? A ver si va a tener que venir Óscar todos los días para que nos dirijas la palabra a los demás, que parece que te cobramos por frase.

Ya estaba tardando en soltar otra de las suyas. Hoy se está luciendo, pero le prometí a Víctor que tendría más paciencia con ella. Y él me prometió que intervendría si pasaba algo así de nuevo.

La sonrisa tímida de Samuel se borra de golpe y vuelve a clavar la vista en el plato de pollo. El momento de relax se ha ido al traste por el comentario de Victoria.

—Déjalo, mamá —interviene Víctor rápido—. Lo importante es que Óscar traiga al chico y al perro para que jueguen. A ver si así esta casa se anima un poco.

Menos mal. Mi suegra abre la boca para replicar, pero se queda a medias y acaba bebiendo un sorbo de vino en silencio. Me alegro de que Víctor la haya cortado en seco, ya era hora de que le echara huevos y no permitiera que machacara al niño de nuevo. No me apetecía tener que decirle yo nada, y menos habiendo invitados.

Lo cierto es que me pregunto si Víctor habría reaccionado igual si estuviéramos solos. Me da la sensación de que la presencia de Óscar le da una seguridad que no tiene por sí mismo. Es como si necesitara que su socio le viera como el dueño de su propia casa y no como el hijo sumiso de Victoria. Sea como sea, me sirve.

La comida sigue con Víctor y Óscar hablando de los detalles técnicos del derribo y Victoria terminando su botella de tinto. Miro a Samuel, que sigue con la vista baja, y luego a Óscar, que sigue comiendo como si no acabara de provocar un pequeño terremoto en la jerarquía de la familia.

Victoria sirve café y no deja de hablar de la raza de caballos que quiere traer, fingiendo que no ha pasado nada.

Por un momento, parece una familia normal, pero yo empiezo a conocer bien este sitio y sé que en esta casa nada es tan sencillo.

Capítulo 8

Sara

Me despierto de golpe en mitad de la noche. La habitación está oscura y mis ojos tardan en enfocar y acostumbrarse a la poca luz. En esta cama duermo en el lado derecho, siempre duermo en el lado que da a la ventana. Manías mías, por si entrara algún ladrón o asesino en serie por la puerta, para que no me pille a mí primero, qué sé yo. La luz de la luna se cuela entre las cortinas dibujando sombras alargadas dentro de la habitación. Intento moverme para cambiar de postura, pero el cuerpo no me responde. Nada. No puedo mover ni un dedo.

Entonces la veo.

Hay una silueta oscura de pie, justo a mi lado, observándome. Es Victoria con un pijama blanco nuclear que brilla en la penumbra. Está ahí, estática, mirándome fijamente mientras murmura palabras sin sentido y se acerca a mí lentamente. Intento gritar, abrir la boca para pedirle que se vaya, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta. No me sale la voz. Quiero girarme hacia Víctor y sacudirlo para pedirle ayuda, pero estoy totalmente bloqueada. Mi cuerpo es como una estatua de mármol sobre el colchón. Estoy paralizada.

Victoria se inclina hacia mí. Su cara está a pocos centímetros de la mía. Abro la boca con desesperación y lo único que sale es un quejido sordo, un sonido de ayuda casi inaudible que se pierde en la habitación.

—¡Sara, Sara! ¡Despierta!

Siento una sacudida en el hombro y la silueta de Victoria se desvanece como el humo. La lámpara de la mesilla me deslumbra y me encuentro con la cara de Víctor. Estoy empapada en sudor y el corazón me golpea el pecho a mil por hora.

—Tranquila, parece que tenías una pesadilla. Menudo susto me has dado, estabas gritando —dice él con voz soñolienta—. Te han vuelto los terrores nocturnos, y eso hacía años que no te pasaba.

Me llevo las manos a la cara, tratando de recuperar el aliento.

—¿Estaba soñando? Parecía tan real... Joder, qué mal. Estaba en la cama y no podía moverme —susurro, todavía temblando.

Víctor suspira y se apoya en el cabecero de la cama.

—Es el estrés acumulado de estas semanas... Tienes que relajarte y terminar de una vez la web de ese *coach* para pasar a otra cosa.

—Bueno, el estrés acumulado de todo el año, mejor dicho —replico.

—Eso ya se ha terminado —continúa él, acomodando su almohada para volver a dormir—. Ahora con los proyectos que tengo con Óscar nos va a ir muy bien y ya no vas a tener que trabajar tanto. En cuanto empiece a entrar dinero en casa, podrás dejar de pegarte esas palizas frente al ordenador y podremos volver a la normalidad. Duerme, anda.

—Y podremos contratar a una criada para tu madre... —murmuro entre dientes. Víctor y yo tenemos una conversación pendiente que no se va a quedar en el olvido.

Se da la vuelta y me quedo mirando al techo. Ha sido demasiado real para ser un sueño, todavía tengo la ansiedad instalada en el pecho. Miro el reloj: son las 6:00 a. m. Sé que si cierro los ojos volveré a ver ese pijama blanco. Cojo el móvil de la mesilla y bajo al salón para trabajar. Necesito terminar la web del *coach* como sea.

Víctor no entiende que yo no quiera dejar de trabajar, no voy a ser una mujer florero. Si no fuera por este cliente tan pesado, yo sería feliz diseñando webs, manteniendo mi sueldo y mi independencia. A ver, si entra dinero de su parte estaríamos mucho más tranquilos y podría elegir mejor a mis clientes, trabajar menos horas o librar los viernes, pero no quiero volver a depender de su cuenta corriente. Me aterra terminar este encargo y quedarme sin nada que hacer, encerrada todo el día en este palacete con ella.

Lo veo venir desde que pisamos la isla: en cuanto entregue la web, me voy a convertir en la cuidadora de Victoria, en la cocinera, en la recadista y en la que limpie la

mierda de las futuras cuerdas. Me niego. Yo no voy a ser la chacha de nadie, no lo fui en la ciudad y no lo voy a ser aquí. Cuando nació Samuel, decidí dejar de trabajar temporalmente para disfrutar de mi hijo y cuidarle, pero teníamos a una chica que limpiaba y cocinaba. Las tareas no recaían solo sobre mis hombros. Mientras, Víctor, para variar, se pasaba el día fuera. Me negué entonces a encargarme de todo eso y me niego también ahora.

Parece que la última empleada que tuvo Victoria se fue justo antes de que nosotros llegáramos y ya no se ha molestado en buscar a nadie más. Me hierva la sangre al pensar que mi suegra asume que, como hemos venido nosotros, ya no le hace falta servicio. ¿Qué se cree, que soy el relevo?

Está muy bien eso de que el hijo púber de Óscar venga a hacer algunos recados y a desescombrar, pero ¿quién va a limpiar los baños, la cocina y los suelos? ¿Quién va a preparar tres comidas diarias si Victoria no mueve un dedo? Yo no. Si Víctor quiere entretenerse con proyectos grandes y vivir en mansiones, va a tener que pagar a alguien que las mantenga, porque yo no pienso soltar el ratón para coger la fregona.

Bajo el último escalón y entro en mi despacho improvisado de la salita. El silencio es absoluto. Abro el portátil con la penumbra del alba y el brillo de la pantalla me golpea en la cara. Entro en mi bandeja de entrada esperando encontrarme con más correos del *coach* pidiendo cambios, pero hay algo distinto: una notificación de una publicación de LinkedIn que hace que suelte el aire de golpe y me despierta del todo.

Capítulo 9

El niño

El niño está sentado en el sofá del salón con un libro de historia entre las manos y los pies colgando, sin llegar al suelo. Es un tomo gordo de tapa dura, uno de esos libros aburridísimos que pesan un montón, nada apropiado para su edad. Justo a pocos metros delante de él tiene la tele encendida con sus dibujos favoritos. Es lo único que da algo de luz a la habitación a esas horas de la mañana, cuando el sol todavía no ha terminado de salir. Los colores brillan en la pantalla y él intenta, por todos los medios, no apartar la vista de la página. Le está costando horrores concentrarse, sobre todo porque el libro tiene una letra minúscula y está lleno de palabras que no entiende y no sabe ni pronunciar.

—Tienes que aprender a no distraerte —le dice ella mientras pasa un dedo por la estantería llena de polvo—. El mundo está plagado de gente que se despista con cualquier tontería y no llega a nada. Si eres capaz de leer mientras están los dibujos puestos de fondo, el día de mañana no habrá nada que te parezca difícil.

Ella se detiene y le da un toquecito en la mejilla, casi con cariño.

—Voy a la cocina a hacerme una infusión. Tú sigue leyendo, que luego me tienes que contar lo que has aprendido.

El niño asiente con la cabeza, sin despegar los ojos del papel. Escucha el sonido de sus pasos alejándose por el pasillo y, finalmente, oye el ruido del agua llenando el hervidor. La tentación de mirar la tele se vuelve insoportable y consigue aguantar un par de segundos, apretando el libro con tanta fuerza que le sudan las manos, pero al final no puede más.

Levanta la cabeza. En los dibujos ve un gato azul que persigue a un ratón por toda la cocina, esquivando las piernas de la dueña. Se queda así, medio embobado y con la boca un poco abierta, disfrutando de ese minuto de libertad como si no hubiera nada más en el mundo.

De repente, un pequeño crujido en la madera lo devuelve a la realidad. Intenta bajar la vista al libro rápido, pero el corazón le da un vuelco porque sabe que le ha pillado.

Ella está allí, apoyada en el marco de la puerta con la taza humeante entre las manos. Le mira fijamente, en silencio. Ni siquiera parece enfadada, tiene una expresión de lástima y una frialdad que le asusta mucho más que si le estuviera gritando.

—Esto no me lo esperaba. Qué decepción... Acabas de romper mi confianza —dice ella con una voz plana, muy seca.

El niño baja la mirada y nota que se le pone la cara roja de la vergüenza.

—Eres un hipócrita, ¿me oyes? Me pones cara de niño bueno y, en cuanto me doy la vuelta, haces lo que te da la gana. Eres un mentiroso y no se puede confiar en ti para nada.

El niño siente un nudo en la garganta que apenas le deja respirar. Intenta aguantar, pero le empiezan a caer lagrimones por las mejillas que terminan manchando las páginas amarillentas del libro.

—Ahora no me llores, ¿eh?, que tienes la lágrima muy fácil, y eso no arregla nada. No quieras dar pena, que ya eres mayorcito. Pensaba que eras más maduro, pero veo que eres como todos esos niños de la isla que no tienen educación. Si me engañas por una tontería de la tele, ¿qué no harás cuando seas mayor? Pensaba que tenías algo de integridad, pero veo que me tenías totalmente engañada.

Ella le quita el libro de las manos de un tirón seco.

—Apaga la tele ahora mismo. Te vas a quedar aquí sentado, a oscuras, pensando en por qué eres tan malo. Y no quiero oír ni un ruido. Ni uno.

Ella se va a la cocina con su taza y el niño se queda allí, solo en el salón, sintiéndose la peor persona del mundo. Se odia por haber mirado la pantalla y, sobre todo, se cree cada palabra asquerosa que ella le acaba de decir. Le da igual no entender ni la mitad del discurso. Sabe que no se ha portado bien y que no tiene arreglo, aunque en el fondo no comprende por qué mirar unos dibujos es algo tan grave que merezca un castigo.

Capítulo 10

Sara

Lo primero que veo en la notificación de LinkedIn es la foto de perfil de mi cliente, el «coach de alto impacto», con su sonrisa reluciente y un *post* en el que me ha etiquetado:

A veces la vida te pone pruebas para gestionar tu asertividad. Estoy muy decepcionado con @Sara_diseñoweb, una profesional que no responde mensajes, que no cumple con los plazos y que me obliga a perseguirla para poder terminar su trabajo y pagarle. En mi programa «Abundancia Plena» enseñamos a ser íntegros, y la falta de comunicación es lo opuesto a la abundancia. Una pena tener que llegar a esto, pero mi tiempo y el de mis alumnos es sagrado. Seguimos fluyendo.

—Será cabrón... —digo en alto apretando el móvil.

El tío va de gurú del crecimiento personal pero acaba de hundirme la reputación en la red social profesional más importante para mi negocio. Es que no entiendo nada, llevo días esperando su respuesta y no tengo ningún *e-mail* de su parte. Entro en el correo desde el portátil, con las manos temblando, y reviso la bandeja de salida para asegurarme de que yo le envié un correo avisando de la última versión de la web hace diez días. Soy yo la que estaba esperando su respuesta y su pago.

Por curiosidad, entro en la carpeta de *spam*... Se me cae el alma a los pies. Hay cuatro correos suyos de la última semana. El primero es normal, el segundo es seco, el siguiente cortante y el último es, directamente, una agresión verbal. Me llama de todo menos bonita y dice que su energía no merece ser desperdiciada en alguien tan mediocre.

—¿Pero por qué no me ha llamado? —digo en voz alta, desquiciada—. Si ve que no contesto, ¿por qué no coge el puñetero teléfono antes de ponerme a parir en internet?

Le escribo un mensaje directo en LinkedIn, para que no haya problemas de entrega y porque no pienso llamarle ahora mismo con la tensión que tengo. Intentando mantener la calma le explico lo del *spam* y que estaba pendiente de su *e-mail* como en otras ocasiones. Su respuesta llega en dos minutos:

Ya no me valen tus excusas. Primero la mudanza y ahora es el spam... Yo también soy un hombre muy ocupado. No voy a andar detrás de ti como si fuera tu padre. Mi equipo ya está buscando a otra persona. No pienso pagar ni un euro más de lo que ya te di, y suerte tienes de que no te reclame lo ya pagado. Muchas gracias por el aprendizaje que he tenido, aunque fuera en otras cosas que no tiene que ver con diseño web como yo esperaba. Bendiciones.

Cierro la tapa del portátil de un golpe. Llevo meses aguantando a este tío y currando mil horas para que ahora no me pague y encima me ponga a caldo en las redes. Me dan ganas de llorar, pero el nudo que tengo ahora mismo en el estómago se ha convertido en puro fuego.

Me acerco a la cocina a beber un poco de agua para intentar calmarme. Abro el armario y cojo un vaso, pero, con la rigidez que tengo en las manos, se me resbala y se hace añicos contra el suelo. El estruendo retumba por toda la casa. Entre la mala leche y el susto que me he dado, cierro el armario de un portazo sin darme cuenta de que todavía es prontísimo para andar haciendo tanto ruido. En este momento lo daría todo por chillar y romper cosas como una loca.

Oigo ruido arriba y los pasos de alguien bajando rápido las escaleras.

—¿Pero qué ha pasado? —dice Víctor alterado al entrar en la cocina.

—Que estoy de los nervios y se me ha caído un puto vaso. El cliente del *coaching* me ha dejado tirado y me ha puesto a parir en LinkedIn. Me ha dicho que no va a pagar lo que falta de su web.

—¿Cómo que no te va a pagar? —salta Víctor—. Contábamos con ese dinero para cubrir los gastos del mes.

—Pues lo que oyes. Se ha inventado una excusa para no pagar el 60% final que me debe. Así que ya te puedes ir dando prisa en cobrarle a Óscar el inicio de los proyectos, porque no tenemos un duro.

—No le presiones tanto a mi hijo —aparece Victoria en escena con su pijama de lino blanco—. Se está dejando la piel en los establos y buscándose la vida para tener nuevos proyectos en esta isla. Si tú no sabes llevar a tus clientes, no le cargues el muerto a él.

—Mira, Victoria —le digo conteniendo mi ira—, ahora mismo no estoy para que me toquen las narices. Así que por favor te pido que no te metas en esta conversación. —Me dirijo a Víctor—: ¿Vas a dejar que tu madre me hable así? Es que alucino ya.

—Mamá, si no te importa, vete a mirar qué hace Samuel, porque se tiene que preparar para ir al colegio.

Victoria suelta un bufido y me lanza una mirada de desprecio antes de salir de la cocina. Puedo oír sus pasos subiendo la escalera, murmurando algo sobre «las malas formas de la gente de ciudad».

Me quedo a solas con Víctor, que se acerca a ayudarme con los cristales.

—De verdad, estoy al límite —le digo, intentando que mi voz no se eleve—. Necesito que me apoyes igual que lo he hecho yo con toda la movida de tu exsocio.

—Ya —dice él, suspirando—, pero Óscar me está dando una oportunidad de oro y no puedo andar pidiéndole adelantos porque tú no hayas cobrado una web. Me da vergüenza, ¿entiendes?

—¿Vergüenza? Vergüenza me doy yo —Siento que el fuego del estómago me sube a la garganta—. Te recuerdo que me he bajado las bragas aguantando a ese *coach* de pacotilla y he accedido a venir a esta isla para mantener a esta familia.

—Y yo no sé qué más quieres que haga para agradecértelo —levanta los hombros Víctor—. Pero no podemos discutir cada semana. Tenemos que afrontar este mal temporal unidos.

—Quiero contratar a una chica para las tareas de casa y que esté con Samuel por las tardes mientras busco nuevos clientes.

Víctor se frena en seco y me mira como si hablara en chino.

—¿Con qué dinero? —Me suelta como si acabara de decir una locura—. No tenemos presupuesto para eso ahora mismo. Estamos en números rojos y lo último que necesitamos es otra factura más a final de mes.

—Con el mío. Con los pocos ahorros que me quedan invertidos en acciones —le suelto, aunque sé que me estoy quedando bajo mínimos—. Si no tengo tiempo para limpiar mi imagen y buscar clientes nuevos, me voy a hundir. Y no quiero oír ni una palabra de tu madre. Prefiero pagarle a una extraña a que pretenda que yo sea su criada.

—Sara, por favor...

—No. Escúchame —le corto—. No podemos seguir así. La casa no puede depender de que yo saque horas de donde no las tengo o de que a tu madre le dé por levantarse de la cama después de tres días encerrada. Cuando ella está bien, quiere mandar y cocinar; pero cuando está mal, yo tengo que cargarlo todo a la espalda: el niño, la limpieza, la comida y mi trabajo. Tú estás todo el día con los establos y tus proyectos, y me parece genial, pero yo no soy un pulpo. Necesito rutina y orden, y no depender de la caridad de tu madre según el humor con el que se despierte.

—Bueno, haz lo que quieras, de verdad —dice Víctor, poniéndome una mano en el hombro—, pero, por favor, vamos a intentar que esto no vaya a más. Se lo contaré luego a mi madre con calma, que es su casa, y no quiero que se sienta más invadida todavía. Solo quiero que estemos bien, no necesitamos más disgustos.

Me da un beso rápido en la frente y sale de la cocina, dejándome allí con la escoba en la mano y el corazón a mil. Lo de Víctor es increíble: va de pacificador pero su manera de pacificar es que yo agache la cabeza para que su madre no se altere.

Oigo a Samuel corretear arriba y a Victoria dándole órdenes.

El resto del día lo paso pegada al portátil actualizando mi portafolio y buscando trabajo en portales con ofertas para diseñadores *freelance*. Víctor se va temprano a los

establos y Victoria, en un alarde de victimismo tras nuestra discusión, decide que le duele la espalda y se encierra en su cuarto el resto del día. No baja ni a cenar, lo cual, para ser sincera, es el mayor alivio que he tenido en semanas. Víctor, Samuel y yo cenamos solos y tranquilos, disfrutando del silencio.

Ya en la cama, antes de apagar la luz, me pongo a cotillear en los grupos locales de Facebook a ver si encuentro a alguien que se ofrezca para cuidar niños y echar una mano en casa. Sí, en esta isla parece que el tiempo se ha detenido, los vecinos todavía usan Facebook para todo, supongo que es una cuestión generacional. Entre anuncios de venta de muebles usados y alquileres para guiris, el nombre de una tal Olivia aparece en la pantalla. Detengo el dedo. Podría ser ella. Podría ser mi Mary Poppins particular.

Capítulo 11

Sara

Después de la semana de perros que tuve con lo del *coach* y los comentarios de mierda de mi suegra, necesitaba un plan egoísta para no terminar de explotar. Menudo desastre. El tío no solo decidió que no me iba a soltar el último pago, sino que su publicación en LinkedIn se llenó de comentarios de su séquito haciéndole la pelota y poniéndome a caldo sin tener ni idea de nada. Para colmo, empezaron a salir buitres ofreciéndole sus servicios de diseño web gratis, solo por «hacerle un favor» al gurú.

Yo soy masoca. No he podido evitar revisar esa publicación a diario para ver qué burrada nueva dicen de mí, aunque sepa que me va a destrozar el día. Víctor me ha dicho mil veces que me desinstale la *app* y quite las notificaciones de una vez para desconectar un poco, pero es superior a mí. No puedo vivir con una venda en la cara mientras me despellejan en público.

He estado muy tentada de responder y contar mi versión de los hechos, aunque ¿de qué serviría? Si abro la boca, los miembros de su secta me van a lapidar, diga lo que diga. No buscan la verdad, solo adorar a su líder, y yo no voy a darles el gusto de verme mendigando clemencia en los comentarios. Prefiero leer sus ataques en silencio, sabiendo que no son más que unos desgraciados venerando a un tío que está mal de la cabeza.

Incluso llegué a tragarme el orgullo y le pedí por favor que borrara la publicación, que todo había sido un malentendido y que me estaba perjudicando seriamente. ¿Su respuesta? Una de esas frases de gurú con superioridad moral que te dan ganas de estampar el móvil contra la pared:

El Universo no comete errores. Si sientes dolor es porque tu ego se resiste a una lección necesaria para tu crecimiento. En fin, Sara, tú sabrás cómo llevas tu negocio, pero está muy

por debajo de lo esperado y no cumples. Esa sigue siendo mi opinión y mi testimonio. Un abrazo y muchos éxitos.

Un sádico, eso es lo que es. Un sádico con marca personal.

Así que, para evadirme de verdad, he decidido que después de comer me voy a la peluquería. Prefiero gastarme lo poco que me queda en verme bien y subirme un poco la autoestima que seguir con los lamentos. Llevo tres meses sin teñirme las raíces y ya no aguanto más. Necesito recuperar la poca dignidad que me queda antes de mi cita de mañana: he quedado con la mujer que encontré en Facebook para que me ayude con Samuel y la casa. Parece una de esas personas responsables, que todavía creen en la importancia de la disciplina y el orden, y no quiero que me vea con estas pintas de náufraga el primer día.

«Vengo de la pelu que hay en la plaza del mercado. ¿Por qué no te animas tú también? —me dijo Victoria el otro día, en un intento de disculpa por entrometerse con lo del *coach*—. Le cuentas a la dueña que vas de mi parte y te tratará bien. No te dejes llevar por las apariencias, que ya sé que tú eres muy de sitios modernos, pero es a la que voy yo de toda la vida y la chica es muy profesional».

El olor a laca y amoníaco me golpea metros antes de llegar al local, provisto con un rótulo enorme con letras rosas sobre negro que dice: «Peluquería Melany». Al entrar, me recibe la dueña, que rondará los cuarenta años; pero, entre las largas extensiones rubias, los *fillers* de los labios y la doble capa de maquillaje que arrastra, se nota que libra una batalla perdida por aparentar veinte. Solo espero que mi suegra tenga razón y que su trabajo no sea un reflejo de su propio estilo. Ahora me arrepiento de haber pedido cita en este sitio.

—¡Sara! Pasa, cariño, que me ha dicho Victoria que venías —me grita Melany con una sonrisa de oreja a oreja—. Vete directa al lavadero y ahora te atiendo.

Además de Melany, hay otra chica haciendo unas mechas, y una ayudante muy joven que se nota que acaba de salir de la academia y no sabe ni por dónde le da el aire. Al

fondo tienen cuatro lavaderos de cabeza, tres de ellos ocupados por varias señoras con el tinte y el papel de aluminio puesto esperando a que les haga efecto.

Me tumban allí y la cerámica fría del lavabo se me clava en la nuca. Cierro los ojos y trato de disfrutar del masaje en el cuero cabelludo que me da Melany, pero la tregua dura poco. Mientras espero a que la mascarilla hidratante haga su efecto, el local se llena de un chismorreó constante que me taladra los oídos. La gente no viene aquí a relajarse, al parecer vienen a cotorrear.

—Ya estaréis enteradas de lo de los pisos antiguos de la playa, ¿no? —interviene una de las señoras que espera con los rulos puestos—. Esos que están medio en ruinas.

—¡Uy, sí! —salta otra mientras le ponen un chorro de laca—. Los van a reformar todos para hacer pisos turísticos de lujo. Lo que nos faltaba. Esto se va a llenar de más gente de fuera y ya veréis qué gracia.

—A mí lo que me da miedo es lo que trae eso —dice la otra peluquera—: más colas en los comercios, más drogas, más inseguridad, más guiris estirados... Me parece que la isla se está echando a perder.

La becaria se acerca a mí, abre el grifo y empieza a frotarme la cabeza. Me clava unas uñas largas que me perforan el cuero cabelludo, pero estoy demasiado atenta a la charla como para quejarme. Necesito saber qué se dice en la isla de los proyectos de mi marido y, sobre todo, de su socio. Me interesa entender mejor en qué clase de líos se está metiendo, así que escucho en silencio.

—Bueno, chicas, que esto no es nuevo ¿eh? Que lo de las drogas ha estado aquí de siempre —dice Melany sin bajar el tono—. Con dieciséis años ya veía yo todo lo que se movía en el puerto los fines de semana.

—Recordad la redada gorda de hace unos meses —apunta una vecina—. Sacaron lanchas llenas de drogas de todo tipo. Y eso no fue cosa de los turistas, fue gente de aquí. Se llevaron arrestado al nieto de una conocida, lo sé de buena mano.

—¡Ay, hija, aquello sí que fue un lío morrocotudo! —exclama la señora de los rulos, asomando la cabeza por fuera del secador de casco—. Y luego ves a todos esos chavales

fardando como si fueran marqueses: que si un yate por aquí, que si una cadena de oro por allá... Y hasta hace cuatro días no tenían ni para un café. ¡Que una es vieja pero no tonta!

Se hace un silencio un poco incómodo. Cada una sigue a lo suyo, peinando y cortando melenas.

—Bueno, ¿a que no sabéis quién lleva la reforma de esos pisos? —suelta Melany, subiendo el tono de voz y bajando el ritmo del cepillado, para asegurarse de que todas la escuchan—. El marido de esta chica y Óscar. Ya sabéis, mi ex.

Joder, aquí las noticias vuelan. Melany me mira por el espejo y me guiña un ojo. Esta no es tonta, quiere que sepan quién soy para que no metan más la pata.

La ayudante joven deja de barrer y abre los ojos como platos.

—¿Estuviste con él? Pero si es el más rico de la isla.

—Estuvimos liados una temporada cuando éramos chavales —dice Melany echándose el pelo hacia atrás—. Íbamos con su moto a todas partes. Llevaba un tubo de escape que atronaba a medio pueblo para hacerse el gallito. Nunca me dejaba pagar, me invitaba con lo que sacaba trabajando en la obra. Lástima que yo estaba en una época rebelde y le dejé por otro. Qué tonta fui. Ahora mira dónde ha llegado el tío, está forrado con sus promociones de lujo. Quién me lo iba a decir, con lo que ha tenido en su casa. Justo ayer, antes de abrir la pelu, volví a encontrarme a su padre en la zona de bares con una cogorza increíble a las diez de la mañana...

Me quedo helada. Óscar, el socio de Víctor, el que supuestamente nos va a sacar de pobres, resulta que era el novio macarra de la peluquera y que su padre es el borracho del pueblo.

—¿Y tú qué, Sara? —me pregunta Melany de repente, buscándome en el reflejo del espejo—. Tu marido que está metido en el ajo te habrá contado más. Dicen que ahí se va a mover mucho dinero. Menuda suerte habéis tenido con Óscar, ese siempre ha sabido a qué árbol arrimarse. El otro día estuve con tu suegra, que vino a retocarse las raíces, y ya me dijo que llevaba una racha mala con la espalda. Eso sí, se le olvidaron todos los males

hablando de la nueva escuela hípica. Estaba entusiasmada con los caballos que quiere traer a la finca.

Me muerdo la lengua. Se pasa los días en la cama quejándose por cada esquina, que si hoy le duele la espalda o mañana la tripa, pero la cita con la peluquería no la perdona ni muerta. ¿Qué digo, si yo estoy haciendo lo mismo, gastarme un dinero que no tengo en ocultar mis propias miserias? Soy un clon de mi suegra, no tengo perdón.

—Sí, estamos con muchas cosas entre manos. Pero esto es cosa de ellos, yo ya tengo bastante con mis propios asuntos —le suelto, cortando la conversación en seco con una sonrisa superforzada. No voy a darle el gusto de que husmee en mi vida.

Me enderezo en el sillón y le miro a través del espejo.

—Mejor empieza a cortar ya, que tengo un poco de prisa.

—Claro, vamos con ello —murmura ella, algo azorada—. ¿Cómo quieres que te corte el pelo?

«En silencio», pienso para mis adentros. Desbloqueo el móvil y me pongo a revisar correos sin levantar la vista, a ver si así se da por aludida. No he venido aquí a que me saquen información ni me den la chapa.

—Corta un poco las puntas, sin pasarte. Después solo necesito teñir raíces de mi color natural, castaño oscuro. Que no quede negro como el carbón, por favor —le indico, no me fio.

—Muy bien, cariño. Vamos con ello. A ver si para la próxima no esperas tanto a quitarte esas canas, que te envejecen un montón. Ya verás lo guapa que te vas a ver en un ratito —me lo suelta como si nada, con unas confianzas que no le he dado.

Cierro los ojos, decidiendo ignorar el comentario para no acabar mandándola a la mierda, y rezo para que termine pronto esta sesión de peluquería y cotilleo. Se suponía que hoy venía aquí a desconectar y relajarme, pero voy a salir más cabreada de lo que he entrado.

Ahora entiendo por qué a Victoria le encanta este sitio: es el escenario perfecto para alardear, para que le presten atención y sentirse alguien importante. Me toca las narices que

vaya por ahí contando todo lo que pasa en casa. Ya podía tener la boca cerrada, pero entre las pastillas y los lingotazos que se pega, tiene la lengua demasiado suelta.

Lo único bueno que puedo decir al salir es que mi suegra tenía razón: me han dejado el pelo perfecto.

Llego a casa a última hora de la tarde. Tengo una suerte tremenda: Victoria está echando la siesta y la paz continúa por aquí. Oigo el ruido de la ducha, así que supongo que Víctor ya ha terminado de trabajar. Hoy de nuevo se pasaba el día con Óscar haciendo trabajos manuales en los establos para la reforma.

Aprovecho el silencio y me hundo en el sofá. Samuel está a mis pies, concentradísimo con un puzzle en el suelo del salón. Se le ve contento porque esta tarde ha estado jugando con Tomás (Tom para los amigos), el hijo de Óscar, que también ha traído a Simba, su perro labrador. Al menos parece que alguien en esta familia está haciendo amigos.

Mañana es un día importante para mí: he quedado con Olivia, a ver si me encaja como asistente. Necesito que funcione para poder recuperar un poco el control y que todos convivamos más tranquilos mientras estamos en el palacete. Con una extraña sensación de esperanza, abro el chat con ella y le escribo rápido para cerrar los flecos:

Hola, Olivia. Confirmamos entonces para mañana a las 10:00 en el Palacete de los Ilustres.

Te espero en la entrada principal. Gracias.

Abro Instagram para perder el tiempo con cualquier tontería mientras espero que Olivia me confirme. Ahora que Victoria no me respira en la nuca, me doy el lujo de no ser productiva. Me merezco un rato de evasión que no tenga que ver con buscar clientes a la desesperada. Estoy ahí, hipnotizada con un tutorial de maquillaje, cuando una notificación de un número desconocido salta en la pantalla.

Al principio pienso que es Olivia confirmando, pero el avance del texto me hiela la sangre:

La noticia de la lancha tiene que ver con Óscar.

Me quedo con los dedos suspendidos sobre la pantalla, con las palabras de la clienta de Melany resonando en mi cabeza: «Redada de las gordas... lanchas cargadas de droga hasta arriba». El corazón me empieza a latir en los oídos. Miro hacia la puerta para asegurarme de que mi suegra y Víctor siguen arriba y compruebo que Samuel está a lo suyo. Hago clic.

Lo que aparece en la pantalla me deja claro que mi mayor problema no son las raíces del pelo ni las malas contestaciones de mi suegra: mi mayor problema es que no tengo ni idea de con quién se ha juntado mi marido para salvarnos de la ruina.

¡Gracias por leer hasta aquí!

"Escribir es un acto solitario, pero una historia solo cobra vida cuando alguien la lee."

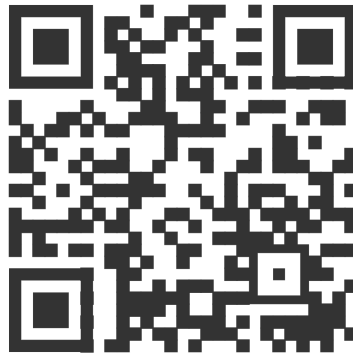
Si te ha gustado lo que has leído hasta ahora, puedes encontrar el libro completo [en Amazon aquí](#) (con oferta de preventa + contenido inédito hasta el 3 de mayo de 2026)

¿Seguimos en contacto compartiendo historias de misterio?

Puedes escribirme a escritoralauren@gmail.com o en mi Instagram [@lauralofer](#).

¡Mil gracias por tu apoyo!

Puedes escanear este QR con la cámara de tu móvil para llegar a la ficha de Amazon del libro:



Tu próxima lectura

¿TE ATREVES A DESVELAR OTRO DE LOS SECRETOS DE ISLA BALLENA?

Adéntrate en un thriller adictivo de suspense psicológico sobre las traiciones y mentiras de un grupo de amigas tóxicas de la adolescencia con giros y un final que no esperas.

¿Qué le pasó realmente a Lena aquel verano de 2005?

Emma lleva dos décadas encadenada a una culpa que no puede explicar y a una madrugada de fiesta que su mente borró. Ahora, Jessi, la líder de aquel grupo de la adolescencia, ha aparecido muerta a los pies del faro y el pasado ha vuelto para reclamar su deuda pendiente.

Vuelve a entrar en la atmósfera asfixiante de Isla Ballena, donde siempre parece otoño y nadie es quien parece ser, y acompaña a Emma en un rompecabezas de flashbacks, culpa y traiciones para descubrir qué ocurrió realmente con sus amigas Lena y Jessi.

¿Buscas una novela de misterio que te atrape y quieras devorar de una sentada?

Hazte con mi primera novela, El faro nunca olvida, en Amazon:

[PINCHA EN ESTE ENLACE O ESCANEA EL QR Y EMPIEZA A LEERLA AHORA](#)

